

Miami Symphony, exitosa apertura

DANIEL FERNANDEZ
El Nuevo Herald
10/20/09

UNA MEREcida OVACION PARA LA MIAMI SYMPHONY

La Miami Symphony Orchestra (MISO), con su director musical Eduardo Marturet, inició el domingo su temporada en el marco del Festival Miami de la Escuela Frost de Música del recinto Coral Gables de UM. A pesar de un programa tentador, el Gusman Concert Hall no se encontraba a tope como en la noche anterior, lo que demuestra que en Miami es más popular Arturo Sandoval que Dmitri Shostakovich.

Pero los afortunados que estábamos allí para esta exitosa apertura de temporada pudimos disfrutar de una noche de excelente música y hasta de momentos inolvidables. La noche abrió con una pieza encargada especialmente por esta orquesta a uno de los alumnos de composición de la Frost, Andrés Cremisini. La luz y su desvío presenta aspectos interesantes; pero es esencialmente simple y no llega a seducir. Básicamente es un crescendo en el que no hay notables complejidades armónicas ni contrastes de textura. Uno podría esperar algo más atrevido de un creador tan joven, pero en realidad la pieza se mantiene dentro del horizonte actual, un poco como una obra para cine, a pesar de que como el título indica --y como explicara el propio Cremisini en la breve entrevista que le hiciera Marturet antes de dirigirla-- se trata de una obra abstracta, por momentos resulta ideal para un fondo musical más que como sustentada en sí misma.

La segunda oferta, el Concierto para cello y orquesta, en si menor, op. 104, de Dvorak, ya elevó la noche a las alturas. Considerado como el más interpretado y grabado para ese instrumento, esta obra sigue contando con el favor del público, como demostró la larga ovación del público al final.

Allison Eldredge, que desde su infancia se ha ganado los mayores elogios, posee un estilo vigoroso, intenso, quizá demasiado vigoroso e intenso a la hora de entregar los pasajes más dulces y líricos. No obstante, los remolinos rítmicos que tanto recuerdan la música autóctona de la antigua Bohemia en la que naciera el compositor quedaron resueltos por Eldredge con mano maestra. Marturet mantuvo la orquesta en sincronía con la solista, aunque al final se precipitó demasiado al subir las dinámicas, obliterando las últimas hermosas frases del cello.

Ya con toda la orquesta para sí, en la segunda parte de la noche, la Sinfonía no. 9, en si bemol mayor, op. 70, de Shostakovich, Marturet pudo desplegar su arte interpretativo sin reservas logrando una versión muy competitiva a nivel internacional de esta obra llena de sutilezas y algarabías, de lirismo y humor por igual.

Si la MISO fuera a lanzar otro disco próximamente, esta obra debería figurar entre las seleccionadas, porque pocas veces ha logrado Shostakovich un intérprete tan inspirado como Marturet esa noche. El director supo manejar sin exageraciones el tono caricaturesco a la pompa de los desfiles marciales. No por gusto estuvo esta obra prohibida en la antigua Unión Soviética. Después de un irónico segundo movimiento: Moderato, la obra va creciendo en burla y contrastes. El final, ya en apoteosis circense --los militares como payasos--, mostró unos metales muy limpios y un acople impecable. El público volvió a aplaudir de pie, pero no hubo encores.

Sin duda un exitoso comienzo de temporada. •